

CAPÍTULO IV

COLON.

Un error geográfico sobre la forma del Africa, y otro error histórico sobre la existencia del Preste Juan, habian animado á los portugueses á encontrar un nuevo paso para las Indias. Un nuevo error, pero al mismo tiempo una reflexion profunda para concebir, una constancia imperturbable para ejecutar, y esa fuerza de carácter que es la única que lleva á cabo las grandes empresas, condujeron á un descubrimiento de la más alta importancia á un italiano, que se levanta como un gigante sobre los confines de la Edad Media y de los tiempos modernos (1).

Cristóbal Colon, de una familia noble de Pla-

(1) Las principales obras que tratan del asunto son, además de la *Vida del almirante*, escrita por su hijo Fernando. HUMBOLDT, *Exámen crítico de la historia de la geografia del Nuevo continente y de los progresos de la astronomia náutica desde el siglo XI al XV*. Paris, 1837, 4 tomos.—*Ensayo político sobre la Nueva España*.—*Monumentos de los tiempos antiguos de la América*.

WHITE KENNET en 1713 imprimió en Londres *Bibliotheca americana primordia*, que es una bibliografía de las cosas americanas. En 1789 fué extraordinariamente aumentada con la *Bibliotheca americana, or a chronological catalogue of books concerning the America* etc. Es aun más completa la *Biblioteca americana ó catálogo de las obras relativas á América que se han publicado desde su descubrimiento hasta el año 1700* por M. H. TERNAUX Paris, 1837.—*Viajes, relato y memorias originales para la historia de América, publicadas por primera vez en francés* por M. H. TERNAUX. En el mismo punto 1837, 3 tomos.

G. B. MUÑOZ, *Historia del Nuevo Mundo*. No ha publicado más que el primer volumen.

MARTIN FERNANDEZ NAVARRETE, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde el fin del siglo XV*, 1823, t. III.

Historia del descubrimiento de la América, de CAMPE, traducida del alemán por E. C. PITTON. Paris, 1836.

sencia empobrecida por las guerras de la Lombardia, era natural de Génova ó sus cercanias y se dedicó á la navegacion (2). Siendo todavia joven, interrumpió sus estudios que habia comenzado en Pavia, para seguir la carrera de su padre, y bien pronto se distinguió por su valor y habilidad marítima, como tambien por sus conocimientos en geometria, astronomia y cosmografía. Después de haber mandado buques napolitanos y genoveses, fué á Portugal en donde los italianos, ó segun se los llamaba, los lombardos, eran muy bien recibidos, porque su instruccion favorecia el ardor de los descubrimientos. Lisboa particularmente, estaba llena de sabios, curiosos, aventureros, misioneros, comerciantes y artistas, que de todas partes acudian para tomar parte ó utilizarse de unos acontecimientos cuya fama circulaba y se habia extendido por todo el mundo. Colon, como marino, habia contraido en aquella ciudad relaciones

(2) Por espacio de cincuenta años se ha disputado más que nunca sobre la patria de Colon, y en honor de las letras desearíamos que nadie leyese algunas de las disertaciones á que ha dado lugar esta polémica. Bastará decir, que, segun las diversas opiniones, su nacimiento se fija en 1430, 36, 41, 45, 46, 47, 49 y 55: la segunda fecha parece la más probable. En cuanto á su cuna, Génova, Cogoleto, Bugiasco, Finale, Quinto, Nervi sobre la Rivera, Savona, Palestrella, Arbizoli cerca de Savona, Cosseria entre Millesimo y Carcare, Val de Oneglia, Castel di Cucaro entre Alejandria y Casale, Piacenza y Pradello en el Placentino, se la disputan. En el documento auténtico de 22 de febrero de 1498, que contiene la fundacion de un mayorazgo. Colon se titula genovés por estas palabras: *De la cual ciudad de Génova he salido y en la cual he nacido*. El magistrado de San Jorge, contestando á una carta suya el 8 de diciembre de 1502, le llama *amatissimus concivis*, y añade que Génova era *l'originaria patria de sua claritudine*.

de amistad con una familia de viajeros, y recogia con avidez las narraciones, las conjeturas, y hasta los sueños de los navegantes. Quizá hizo algun viaje á la costa de Guinea; lo cierto es, que todo alimentaba en él el deseo, estimulado por el cálculo, de estender sus descubrimientos en una esfera mucho más vasta, que á la que hasta entonces se habian limitado. Pero desprovisto de medios suficientes, ¿cómo podia esperar ver realizadas las constantes ilusiones de su pensamiento? Conservaba, no obstante, sus dorados sueños y se lisonjeaba encontrar un apoyo respetable en la opinion de los antiguos sabios; porque lejos de proceder al azar, no cesó de consultar el cálculo, las estrellas y el mar, sobre el viaje que meditaba; y si los que descubrieron las playas africanas no hicieron más que seguir un continente piramidal, cuya costa en el Oriente era ya conocida de los árabes, Cristóbal se preparaba una conquista de reflexion, proponiéndose llegar á Asia por un camino que todavia no se habia intentado.

Por escasos que fuesen sus conocimientos en literatura y en erudicion sabia las teorias de la antigua escuela italiana, con respecto á la esfericidad del mundo y á la existencia de los antipodas; doctrina que, anatematizada en algun tiempo, llegaba á estar de dia en dia más generalizada (3). Si, pues, la tierra es esférica, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya sea en direccion del Oriente,

(3) En el *Morgante* de Pulci, (cap. XXV, el demonio Astarot sostiene en estos términos la existencia de los antipodas.

*Sapi che quella opinione è vana
Perche piu oltre navigar si puote
Pero che l'acqua in ogni parte è piana
Benche la terra abbia forma di ruota...
E puossi andar giu nell'altro emisferio
Pero che al centro ogni cosa reprime
Si che la terra per via di misterio
Sospesa sta tra le stelle subline.
E laggiù son città, castella, imperio
Ma nol cognobbon quelle genti prime
Vedi che il sol di camminar s'affretta
Dov'io ti dico che laggiù s'aspetta.*

«Es un pensamiento que la razon no confiesa; porque puede navegarse mucho más adelante, pues el agua va por todas partes aplanándose aunque la tierra tenga la forma de una rueda. Puede llegarse por debajo al otro hemisferio, puesto que todo tiende al centro de la tierra á la que un nudo misterioso retiene suspendida entre las estrellas de los cielos. Allá abajo existen ciudades, castillos y algun imperio que no conocieron los pueblos antiguos, y el sol apresura su curso para dirigirse allá abajo en donde otros mortales le esperan con impaciencia.»

Petrarca habia ya dicho que cuando el sol nos deja va á alumbrar á otras gentes que tal vez le aguardan: «y Dante habia comprendido más científicamente la posibilidad de que los hombres habitasen en todo el derredor del globo, admitiendo el centro de gravedad del mundo á cuyo punto son atraidos los cuerpos pesados de las demás partes.»

ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si el uno pasa de ciento ochenta grados, el otro será menor, es decir, más directo. En este sencillo raciocinio se apoyaba Colon.

Eratóstenes fué el primero que evaluó en doscientos cuarenta grados la distancia entre la Iberia y las costas de la China, y su cálculo apenas erraba en diez grados. Estrabon adoptó aquel cálculo (4), pero Marin de Tiro le redujo á ciento treinta y cinco grados, y Tolomeo, al corregirle, se engañó tambien en cuarenta y uno. Colon habia leído en este autor que la tierra está dividida en veinte y cuatro horas de quince grados cada una; y de este número los antiguos conocian ya quince, desde Gibraltar á Tina en Asia: los portugueses avanzaron hasta el diez y seis, y no quedaban ya más que ocho, es decir, una tercera parte de la superficie terrestre. Colon sabia, además, que los mares formaban un séptimo de la parte seca del globo. No es, pues, la tierra tan grande como supone el vulgo (5), y no deberia ser muy difícil atravesar el Atlántico para llegar á la otra estremidad del continente de la India, desde donde se podia volver á Europa por tierra. Seneca (6), Plinio, Aristóteles y Alfergan habian dicho que bastaría un viaje de pocos dias para ir desde España á la India, y las relaciones de Marco Polo y Mandeville afirmaban que aquella region se avanzaba mucho más lejos de lo que hasta entonces se habia reconocido. Parecia además cierto, pues que el grado bajo el Ecuador no debia tener que catorce leguas de estension, que para llegar desde las Canarias á las regiones más orientales del Asia, no habria que recorrer más que quinientas millas por mar. Y aun así hubiera sido una distancia escesiva para una navegacion acostumbrada al cabotaje: mas las nociones precedentes la hacian esperar puntos de descanso.

Los continuos descubrimientos, hacian creer en la posibilidad de otros nuevos. La Atlántida de Platon, la Antilla de los fenicios y las islas Afortunadas de los poetas, vivian en la memoria de todos. Los habitantes de las Canarias afirmaban que veian al Occidente una grande isla montuosa (7); algunos habian ido á buscarla, y aunque

(4) En el libro I habla de la circunnavegacion. «Como los matemáticos han establecido que el círculo se plega sobre sí mismo, si la estension del mar Atlántico no opusiese obstáculo, podríamos, hallándonos bajo un mismo paralelo, navegar desde España hasta la India.»

(5) Carta de Colon á Isabel.

(6) *Quantum est quod ab ultimis litoribus Hispania usque ad Indos jacet paucissimorum dierum spatium, si navem suam ventus impleat*. *Quaest. nat.*

(7) Bajo el cielo de los trópicos, las nubes que se apoyan en el horizonte toman con frecuencia la forma de una tierra vista de lejos. Este fenómeno es especialmente notable en las Canarias, en donde ha producido á veces estrafños errores.

nada consiguieron, se creía no obstante en ella. Dióse el nombre de isla de San Brandano, á esta ilusión de óptica. Colon no daba crédito á aquella opinión; pero acumulaba, no obstante, todos los argumentos, por débiles y frívolos que fuesen para confirmarse en la idea de una tierra situada al Occidente, y para insinuársela á los demás. Un navegante encontró flotando árboles desconocidos en nuestros climas, un pedazo de madera cortado sin emplear el hierro, juncos enormes como Tolomeo describe los de la India, y dos cadáveres que presentaban facciones diferentes de las nuestras. Colon nos ha transmitido sus razones (8); porque su primer cuidado, como el de todo hombre emprendedor, debió ser el de disculpar su audacia, reuniendo aun las mas pequeñas circunstancias, cuyo conjunto habia de demostrar la posibilidad de llegar por un camino más corto á la region de las especias. Parecieron entonces frívolas, y después sirvieron de argumento contra él, para disminuir el mérito de su descubrimiento. Colon añadió á ellas la famosa profecía de Séneca (9) anunciando que el mar ofrecía nuevas tierras, y que otros Tyfis descubrían mundos desconocidos. Se apoyó luego en motivos sobrenaturales, y en pasajes de la Sagrada Escritura, diciendo que solo faltaban cincuenta y cinco años para concluirse la verdad seria anunciando profetizado Isaias que quería hacer predicada por toda la tierra, Dios nuevo un gran milagro, abriendo por aquel el camino de la India (11).

(8) Estas razones se encontrarán en la nota G. Están sacadas de las que su hijo espone en sus *Historie del signor don Fernando Colombo*. Milan, 1614.

(9) *Venient annis
Sacula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque novos
Detegat orbis, nec sit terris
Ultima Thule.*

(MEDEA).

(10) San Agustín fijó el fin del mundo á los siete mil años. Adán fué creado 5343 años y 318 dias antes de Jesucristo, segun los cálculos exactos del rey don Alfonso: si á éstos se añaden los 1501 años transcurridos desde el nacimiento del Salvador, no quedan más que 155 años. Véanse la *Carta rarísima* y especialmente las *Profecias*. Agustín Giustiniani, que imprimió en Génova un Psalterio poligloto en 1516, refiere, á manera de comentario al versículo *in omnen terram exiit sonus eorum*, la vida de Colon que nadie esperaba encontrar allí.

(11) Colon acumuló todos estos racionios en la carta en que describe al rey su tercer viaje: «Plinio ha escrito que el mar y la tierra reunidos constituyen una esfera: que el Océano es la mayor masa de agua, que se vuelve hácia el cielo, y que la tierra permanece debajo de él y le sostiene: que el cielo y el mar están mezclados entre sí, y se sostienen reciprocamente, como las diversas partes de una nuez por medio de la corteza verde que la cubre.

«El maestro de la historia escolástica, discurrendo acerca del Génesis, dice que las aguas son poco abundantes; cuando fueron criadas cubrían toda la tierra, pero que eran

Estas eran las ideas que agitaban la mente de Colon: para asegurarse de ellas recurrió al geómetra más hábil de aquel tiempo. Pablo Toscanelli de Florencia (12) que le respondió conforme á sus deseos, que la travesía á las Indias era fácil por el Occidente: que no habia que recorrer más que cuatro mil millas en línea recta para ir desde Lisboa á la provincia de Mango cerca de Cathay, tan magníficamente descrita por Marco Polo; y que en el camino debían encontrarse las islas Antilla y Cipango, distantes una de otra doscientas veinticinco leguas. ¿Qué más faltaba para conver-

vaporosas y semejantes á las nieblas, pero que convertidas en líquidas y reunidas, ocuparon un pequeño espacio.

«Nicolás de Lira es de la misma opinión.

«Aristóteles dice que nuestro globo es muy pequeño, y no tiene más que una cantidad muy corta de agua, la cual puede atravesarse fácilmente desde España á las Indias.

«Avenruyz confirma esta opinión, y el cardenal Pedro de Aliaco le cita reproduciendo aquella idea, que es conforme á la de Séneca, diciendo que Aristóteles tuvo conocimiento de muchos secretos del mundo por medio de Alejandro el Grande, Séneca por el César Neron, y Plinio por los romanos, todos los cuales emplearon mucho dinero y una infinidad de personas, para que con gran celo descubriesen los misterios del mundo, y los diesen á conocer á todos.

«El mismo cardenal concede á todos estos autores mayor autoridad que á Tolomeo y á otros griegos y árabes; y para confirmar lo que dicen con respecto á la poca abundancia de aguas, y la pequeña cantidad de tierras que cubren, en oposicion á lo que se refiere con arreglo á Tolomeo y los que le siguen, cita al profeta Esdras, cuando dice en el tercer libro, que de las siete partes del mundo, las seis son áridas, y que sobre la otra se extienden las olas; sentencia aprobada por los Santos Padres, es decir, por san Agustín y san Ambrosio en su *Hexameron*, los cuales confirman el tercero y cuarto libro de Esdras, en que se dice: *Aquí vendrá mi hijo Jesús y morirá mi Cristo*. Estos santos dicen que Esdras fué profeta, como Zacarías padre de san Juan.»

(12) Pablo del Pozzo Toscanelli, célebre astrónomo, nació en Florencia en 1397. Se le debe el gnomon ó aguja del reloj de Santa Maria la Nueva en aquella ciudad. Los sabios de aquella época se escribían cartas sobre los puntos más importantes de todos los conocimientos humanos, y las dos dirigidas por Toscanelli á Colon en 1474, prueban que merecia el título de sabio. *A Cristóbal Colon saluda el físico Pablo: Veo tu noble y gran deseo de pasar á donde nacen las especias... te envío una carta de navegacion... por medio de la cual quedarán satisfechas tus preguntas.* Añade que este país, es decir, la India, está muy poblado, y que allí hay un sinnúmero de reinos sometidos á la dominacion de un príncipe llamado el gran Kan, es decir, *rey de los reyes. Yendo derecho desde Lisboa al Occidente, he marcado en la carta 26 grados, de doscientas cincuenta millas cada uno* (es decir, ochocientas doce leguas) *hasta la ciudad de Quinsay.* (Ideas tomadas del viaje de Marco Polo). En otra carta dice á Colon: *He recibido la carta y los objetos que me has enviado, en lo que he tenido mucho honor y contento. Tu designio me parece noble y grande, y te ruego cuanto puedo, que navegues de Oriente á Occidente.* Toscanelli murió en 1482, sin conocer los magníficos descubrimientos á que habia dado impulso.

tir en conviccion las hipótesis de Colon, é inspirarle el doble entusiasmo de la ciencia y de la fe?... Efectivamente, Colon era en extremo religioso, y no solo conversaba á menudo con sacerdotes, sino que algunas veces vestia su traje; y en la empresa que meditaba, le animaba el deseo de salvar una multitud de infelices, haciéndoles ver la verdad, y de adquirir grandes riquezas para obtener la *restitucion de la Casa Santa*, es decir, para libertar á Jerusalem y destruir el islamismo.

Hacia aquel tiempo hizo su viaje á Islandia; y aunque allí pudiese recoger por casualidad alguna noticia sobre los descubrimientos que ya remontaban á cuatro siglos, no pudieron ni sugerirle sus pensamientos, ni aun confirmarle en ellos; porque no se proponia descubrir un nuevo mundo sino llegar por el Occidente á Cipango y demás regiones descritas por Marco Polo.

«Pero ¿cómo procurarse los medios? La Italia estaba dividida en pequeños Estados, enconados unos con otros, y además harto hacian en defender su propia independenciam de los nuevos ambiciosos que tenían puestos los ojos en ellos; las dos repúblicas marítimas preferian conservar el monopolio de las antiguas vias á aventurarse en otras nuevas, y no hubieran trocado las ventajas que les reportaba el comercio con el Mediterráneo, á la superioridad que aquella empresa pudiera darles sobre las naciones situadas en el Océano. La Francia pasaba de la dominacion de un rey positivo y avaro, que acababa, no obstante, de darla unidad, á la de un príncipe emprendedor y novelesco, que soñaba con invasiones y conquistas tan fáciles de hacer, como de perder. Portugal tenia toda su atencion fija en el Africa, hasta que indisponiéndose con Castilla, convirtió contra ella todo el ardor que habia desplegado en los descubrimientos. Mas cuando le reanimó Juan II y la aplicacion del astrolabio hizo menos temerario el pensamiento de aventurarse en una mar sin orillas, Colon corrió á proponer sus ideas á aquel rey. Hizo que las examinasen los sábios y los grandes, que le calificaron de loco presuntuoso.

Behaim.—Entre los encargados de examinar aquella proposicion, se hallaba Martin Behaim de Nuremberg, exaltado por algunos como el precursor de Colon, y al que debemos mirar con alguna atencion, como hombre que representaba las ideas más avanzadas que se tenían entonces en geografia. Nació hácia 1430, y se dedicó en un principio al comercio, pero se aficionó poco á poco á aquella ciencia: fué llamado á Portugal, en donde contrajo amistad con los mejores cosmógrafos, y quizá ayudase á Rodrigo y José á combinar el astrolabio con la brújula. Se embarcó después con Diego Cano y dobló el cabo de Buena Esperanza: después de lo cual se trasladó á las Azores, en donde casó con una hija de Job de Hurter, gobernador de la colonia flamenca que allí se habia establecido. Volvió á Nuremberg, su patria, en 1490, y esta ciudad, una de las más ilustradas, no le dejó des-

cansar hasta que hubo satisfecho su docta curiosidad, construyendo un globo terrestre que debia conservarse en los archivos. Este es el primer microcosmo que señala la historia de la geografia. Tiene pié y medio de diámetro, su superficie está cubierta con un pergamino, en el cual se hallan trazados los circuitos de los países conocidos, y unas breves notas con figuras de hombres y noticias sobre las costumbres. «Sébase, se ve allí escrito, que este globo representa el tamaño de la tierra, tanto en longitud como en latitud, medida geoméricamente, segun la *Cosmographia Ptolomæi* por una parte; y por lo demás, segun el caballero Marco Polo, y el respetable doctor y caballero Juan de Mandeville. El ilustre don Juan, rey de Portugal, hizo en 1485, que sus navios visitasen todo el resto del globo hácia el Mediodia, desconocido á Tolomeo; descubrimiento, en que yo, autor de este globo me he encontrado. Hácia el Oeste se halla el mar llamado Océano, en donde se ha navegado tambien más lejos de lo que ha indicado Tolomeo, y más allá de las columnas de Hércules, hasta las islas Azores, Fayal y del Pico, que están habitadas por el noble y piadoso caballero Hurter de Morchirchen, mi querido suegro, con colonos llevados de Flandes. Hacia las regiones tenebrosas del Norte, más allá de los límites indicados por Tolomeo, se encuentran la Islandia, la Noruega y la Rusia, hoy dia conocidas y hácia las que cada año se envían buques, aunque el mundo sea bastante sencillo para creer que no puede navegarse por todas partes; atendida la forma de globo en que está hecho.»

Hé aquí las autoridades y el resumen de los conocimientos de aquella época. La América no figura en el globo de Behaim, pero como las dimensiones generales de la tierra están en él mal calculadas, el vacío que deja la falta de aquella region es menos grande: su sitio se halla ocupado en parte por el continente asiático, y el Japon se encontraba á doscientos ochenta grados en vez de ciento cincuenta. Se creía, pues, que no habia que recorrer más que la mitad del camino verdadero para ir desde las Azores á Asia.

Dos tierras se encuentran además marcadas en este espacio: una hácia el grado 330 de longitud, llamada *Antilla*, debajo de la cual escribió Behaim: *En 734, cuando la España fué sometida por los africanos, la Antilla fué poblada por un arzobispo de Oporto acompañado de otros seis obispos y de muchos cristianos que habian huido de España con sus ganados y bienes.* La otra tierra, más grande, entre el Asia y las Azores se llama San Brandano, y la inscripcion dice: *En 503 después de J. C. San Brandano arribó con un barco á esta isla, donde encontró cosas maravillosas, y volvió después de haber permanecido allí siete años.*

Behaim fué del número de los que desaprobaban el proyecto de Colon (13), insistiendo en que los

(13) Behaim terminó su globo en 1492, el mismo año

portugueses continuasen sus exploraciones al Sudeste; pero algunos intrigantes de los que se llaman políticos, aconsejaron al rey que entretuviese con esperanzas á aquel aventurero, hasta que se enviasen bajeles á ver lo que había. Indignado Colon con las asechanzas que le tendian, abandonó secretamente Portugal; volvió á su patria y tal vez ofreció sus servicios á ésta, á Venecia é Inglaterra, vagando así de país en país preocupado con un gran pensamiento que no encontraba medio de realizar. Avanzaba en edad y nada le acercaba al objeto á que se dirigian todas sus esperanzas. El espíritu de asociación hubiera podido evitar á Colon la humillación de las negativas de los reyes. Así es como en nuestros días, cuando el gobierno inglés negó un barco al capitán Ross, que en un primer viaje había perdido los derechos á su confianza, se abrió una suscripción para proporcionarle uno, y pudo resolver uno de los problemas geográficos más debatidos, el de un paso al Noroeste. Pero entonces no era posible ejecutar una grande empresa sin recurrir á los reyes; en el día basta con que no quieran estorbarla.

Dirigióse, pues, Colon á España, y caminando á pié con su hijo Diego, fué á pedir pan y techo al convento de Santa Maria de la Rabida. Afectado fray Juan Perez, prior de aquel monasterio, con el fatal signo que los grandes pensamientos imprimen en la frente del hombre, se impuso de la posición y proyectos del extranjero, y como era un talento cultivado, le escuchó con interés, aplaudió lo que meditaba y le recomendó á su compañero Fernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, en el momento en que los reyes sitiaban á Loja con la resolución de estirpar los restos de la dominación árabe. No juzgó el confesor propicia la circunstancia para presentar á un extranjero vestido bastante pobremente, y que no tenía que ofrecer más que un proyecto que tenía por una quimera. Vióse, pues, obligado Colon á abrirse el mismo el paso. Encontró alguno que le escuchase, y pudo en fin hacerse presentar al arzobispo Mendoza, aquel gran cardenal que llamaban el tercer rey de España.

Es cierto que los asertos de Cristóbal Colon causaban recelos á los teólogos, como que indicaban la existencia de otros mundos y de otros hombres, de que no se habla en el Génesis. Pero el nuncio apostólico Geraldini demostró que no estaban en contradicción ni con san Agustín ni con Nicolás de Lira, que no eran cosmógrafos ni navegantes. Una vez acallados los primeros escrúpulos religiosos, el cardenal prestó voluntariamente oído á Colon, y le presentó á los reyes. Su entusiasmo y profunda convicción se comunicaron á los soberanos

en que Colon navegaba hácia la América; no pudo, pues, marcar en él los descubrimientos del navegante genovés. Volvió después á Fayal, y murió en Lisboa en 1506, sin haber tomado parte en las últimas grandes expediciones.

de España, y encargaron á una comisión examinase lo que proponía.

Verificóse la conferencia en los Dominicos de Salamanca, donde tuvo Colon que discutir con profesores de diversas ciencias y con teólogos; pero á pesar de todas las preocupaciones que se suscitaban contra él, y aunque Colon no explicó su pensamiento estensamente por temor de verle de nuevo usurpado (14) muchos opinaron que era algo más que un soñador (15). Si, no obstante, no fué rechazado, tampoco con mucho apoyado. La guerra de Málaga absorbía todos los pensamientos, como también todas las rentas públicas; y la resistencia de la corte esponía á Colon á los sarcasmos de abyectos magnates, que amoldaban su modo de pensar y sentir al de los príncipes cuyo favor ambicionaban. Fué tomada Málaga (1487), ocurrió la peste, después hubo el sitio de Sevilla, y Colon iba de una parte á otra siguiendo á la corte, hasta dando pruebas de valor militar, y recibiendo de tiempo en tiempo alguna subvención, limosna mortificadora para aquel que alimenta una idea capaz de enriquecer á los más grandes monarcas. Pero la guerra contra los moros y la noticia llegada de Tierra Santa traída por dos religiosos, de que el soldan quería asesinar á los cristianos para vergar á los mahometanos de España, afirmaron á Colon en su idea de llegar á ser el exterminador del islamismo, sacando del descubrimiento de las Indias las riquezas necesarias para llevar á cabo aquella magnánima empresa, y convertir á los súbditos del gran kan, que los misioneros representaban avaros de predicaciones. Por último, Sevilla también fué tomada; pero triunfos y bodas distrajerón á la corte, que no tardó en reconcentrar toda su atención en los aprestos para la guerra decisiva contra Granada, y terminada que fuera, esperaba ó al menos hicieron esperar á Colon que tomaría nuevo impulso su proposición.

¡Y si al menos fuera así! ¡y tener ya cincuenta años! ¡y hallarse en la incertidumbre de si alcanzaria la inmortalidad, ó moriría como un necio y un visionario! ¡Qué lucha tenía que sostener una alma de su temple! ¡cuántas veces debió desesperarse de los hombres y de sí mismo, y maldecir la raza humana, tan pronta para correr á su ruina, tan obstinada en contra de lo que es útil y verdadero! ¡Qué otro apoyo podía quedarle sino su fe en aquel Dios á quien se reconocía deudor de su inspiración, y en quien confiaba para su cumplimiento?

Volvió al lado de sus religiosos de la Rabida, y encontró lo que los reyes y las cortes le negaban,

(14) Lo atestiguan así su hijo y Herrera en las *Décadas*.

(15) Lo defendieron particularmente los dominicos, y Colon escribió que sus *Altezas poseían las Indias, gracias á Diego de la Doza*, profesor de la teología que sostuvo sus aseveraciones.

un exámen concienzudo, simpatías tan necesarias en las grandes empresas y nuevas recomendaciones para la reina Isabel. Peleaba ésta entonces en la vega de Granada con el casco y la armadura. Capaz, aunque mujer, de hacer ceder el entusiasmo á los cálculos de la prudencia, acogió las instancias de fray Perez y del genovés, que le suplicaban aceptar el regalo de un nuevo reino. Cristóbal, á quien recibió en la improvisada ciudad de Santa Fe, vió caer la última muralla de los musulmanes y su más espléndida residencia. Triste y desanimado en medio de la universal alegría, veía con indiferencia y casi con desden un triunfo que regocijaba todos los corazones (16). Pero aquel triunfo despejaba el terreno y daba ánimos para pensar en la realización de sus designios. Se comenzó, pues, á tratar seriamente con él, y á pesar las condiciones que proponía.

¡Pareció extraño al orgullo español que aquel oscuro italiano pidiese los títulos de almirante y virey del país que descubriera, como si nunca pudiese el genio aspirar á honores que solo debe dar la casualidad del nacimiento! Fué, pues, despedido con los desdenes que en las cortes se siguen á una desgracia, y presa de las amargas reflexiones que asaltan á un hombre grande cuando se ve desconocido. Iba á abandonar á la ingrata España, cuando otras personas benévolas despertaron en el corazón de Isabel sentimientos generosos. Aun fueron contrariados, como acontece comunmente, por cálculos de dinero; pero se conoció que dos barcos y trescientas mil coronas bastarian para la expedición, y se convino en que Colon contribuiría á los gastos con una octava parte, á condición que se le asegurara una octava parte también de las ventajas. La reina ofreció alhajas para completar la suma; pero el ministro San Angelo consiguió proporcionarla. Estas fueron las convenciones que se estipularon.

Colon debía ejercer durante su vida, y sus herederos y sucesores despues de él perpétuamente, las funciones de almirante, en todas las tierras y continentes que hubiera descubierto y adquirido en el Océano, con los mismos honores y prerogativas que el gran almirante de Castilla en su jurisdicción.

Debía ser virey y gobernador general de todas las dichas tierras y continentes, con el privilegio de designar para el gobierno de cada isla ó provincia tres candidatos, entre los que elegirían uno Fernando é Isabel.

Tenía derecho á una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especiería, géneros y mercancías de cualquiera clase que se encontrasen, comprasen ó estuviesen en los límites de su jurisdicción, descontados los gastos.

Colon ó su teniente debía ser el único juez de todas las diferencias ó contestaciones que pudie-

ran suscitarse en materia de comercio, entre los países descubiertos y la España, ya que el gran almirante de Castilla tenía el mismo privilegio en su jurisdicción.

Le era permitido entonces y en todo tiempo concurrir con una octava parte á los gastos del armamento, y en su consecuencia recoger la octava parte de las ventajas. El puerto de Palos había sido condenado, por una rebelion, á suministrar á la corona dos carabelas anualmente, y estas fueron las que se destinaron para Colon. Los Pinzones proporcionaron á Colon los medios de armar un tercer barco para ejecutar el indigno tratado concluido con ella. Pero le quedaba que vencer la oposición de los marinos de Palos, que consideraban como perdidos inevitablemente los que se aventurasen á una expedición declarada después fácil y sin importancia, con objeto de oscurecer su brillo. Fué preciso recurrir á órdenes despóticas, que no hicieron otra cosa que exasperar aun más los ánimos, persuadidos como estaban de que el rey usaba artificios con respecto á los amotinados para castigarlos de una insubordinación anterior; no cedieron en fin sino á las reiteradas seguridades de Alonso Pinzon, navegante intrépido y estimado. De esta manera fué como la *Santa Maria*, la *Pinta*, la *Niña*, pequeñas carabelas, de ligera construcción, abiertas, sin puente, á escepcion de una de ellas, mal acondicionadas, mal calafateadas, muy altas de popa y proa con castillos en ésta, cabañas para la tripulación, y lo que es peor, montadas con gente forzada, acometieron una de las más difíciles empresas, y Colon, después de haber confesado y conulgado, partió en medio de la compasión y la burla de los ciudadanos.

Desde este momento comenzó á redactar su diario, admirable revelación de los sufrimientos y grandeza de aquel hombre incomparable, de las inmensas alegrías y de las crueles decepciones que rápidamente se suceden en el alma de los gloriosos artífices de las obras magnánimas.

Habia en Colon, como en todos los que han dejado un gran nombre, dos hombres, el de su siglo, con sus ideas y errores, y un poder individual que le hace superior á sus contemporáneos. A las pocas numerosas, desordenadas y engañosas nociones que le proporcionaba entonces la ciencia, unió un espíritu de observación minucioso, que no impidió en él los grandes designios. Los Padres de la Iglesia, los talmudistas, los escritos místicos de Gerson, los antiguos geógrafos, la cosmografía del cardenal Ailly, Marco Polo (17) sobre todo, le proporcionaron, como ya hemos visto, argumentos en favor de su proyecto ú objeciones contra su

(17) Es extraño el que Colon no lo nombre nunca, aunque es verdad que se refiere constantemente á sus relatos, lo que puede conocerse por el mapa de Toscanelli y las narraciones de Nicolás de los Conti.

(16) CLEMENCIN, *Elogio de la Reina Católica*.

cumplimiento. Lleno de penetración para señalar todo fenómeno natural, aunque no estuviese bastante instruido en las teorías para explicarlas con verdad, no se ocultaban á su penetración los indicios de un nuevo mundo y un nuevo cielo, y unía los hechos buscando sus mútuas relaciones. Fué el primero que marcó la declinación de la aguja magnética; antes que Pigafeta conoció la manera de encontrar las longitudes por medio de la diferencia de ascension directa de los astros. Notó la dirección de las corrientes; la acumulación de las plantas marinas, que determinan una gran división de los climas del Océano; el cambio de temperatura, no sólo por las distancias del Ecuador, sino también por la diferencia de los meridianos. No descuidó tampoco las indicaciones geológicas sobre la forma de la tierra y las causas que la producen.

Esto es lo que se nota en su diario y en sus cartas; pero lo que aparece en el fondo de todo, es un vivo sentimiento religioso, que le hace creer en revelaciones, visiones y tomar por objeto supremo de su empresa el aniquilamiento del islamismo, la conversión de los súbditos del gran Kan, y la reedificación de Jerusalén: piadoso entusiasmo que contrasta con la sencillez de sus relaciones, tan diferentes del énfasis afectado de Vesputio y otros viajeros.

Lejos estaba su tripulación de participar de estas profundas convicciones, y de la obstinación necesaria para proseguir la empresa. Todo les parecía extraño y nuevo; se espantaban de la rapidez de las corrientes, del volcán de Tenerife, de las calmas inmensas de los trópicos, de las islas flotantes de verdura (fucos). El mismo viento propició que soplaban del Este, les hacía temer, si no cambiaba, que la vuelta les fuese imposible. Era preciso que Colón usara del razonamiento, de la astucia, de la severidad, para vencer su resistencia; y que persistiese sobre todo, en la firme resolución de dirigirse rectamente al Oeste, sin consideración á los fenómenos que podían inclinarse á buscar tierras á derecha ó á izquierda. Entre tanto transcurría tiempo, y aunque Colón les hacía creer que era menor el camino que habían recorrido, y decía que sólo habían atravesado quinientas setenta y ocho leguas cuando habían andado setecientas siete desde Canarias, se creían ante un espacio infinito; mil incidentes que á cada paso prometían encontrar tierras salían falsos; la ilusión de las nubes que se tomaban por islas, redobló el desaliento con el desengaño; la deseada Cipango sólo aparecía en el mapa adicionado continuamente por Colón; las setecientas cincuenta leguas que calculaba para llegar á ella se habían recorrido, y sin embargo el sol desaparecía del horizonte sin distinguirse ninguna ribera.

Estallaban en la tripulación las murmuraciones; hasta se amotinó (18). Pero cuando se vió la tierra,

(18) Sin embargo, la historieta general esparcida sobre

cuando todas las bocas repitieron: *¡Tierra! ¡Tierra!* la alegría toda material de la tripulación, que en fin se veía llegar sana y salva, y próxima á arribar al país de las especias, no fué nada en comparación de la intensa alegría experimentada por Colón. Conocía que el proyecto que había meditado treinta años se había cumplido, que los sarcasmos se iban á cambiar en aplausos, que un nuevo mundo se abría delante de él, que una mitad de su vida obtenía su corona, y que nuevas fatigas se preparaban para la otra. Estos son momentos que sólo el genio conoce, y de los cuales uno solo basta para indemnizar una vida llena de abnegaciones y sufrimientos.

El sol del 12 de octubre alumbró una de las islas más bellas, en cuyos bosques brillaba un verde desconocido, y de la que salieron una multitud de hombres desnudos y admirados. Echadas al mar las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano desembarcó Colón; rodeado de un aire balsámico, de una vigorosa vegetación, y de una satisfacción que el vulgo no entiende, postróse en tierra para dar gracias á Dios, y tomó posesión del país. Los naturales nada comprendían de estas ceremonias; pero sencilla y tranquilamente se acercaban á mirar y aun tocar á los recién llegados, que á su vez se admiraban de los indígenas.

«Yo (dice Colón en su diario el día 15 de octubre) porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiría á nuestra santa fé con amor que no por fuerza, les di á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas, muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían á las barcas de los navios adonde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque me víde más de una farto moza, y todos los que yo ví eran todos mancebos, que ninguno víde de edad más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caba-

la sublevación contra Colón, la amenaza de arrojarle al mar, su promesa de virar de bordo, si no descubría tierra en un tiempo dado, no está fundada más que en verosimilitudes y en el aserto de Oviedo; así es que Colón en su diario dice que el 10 de octubre respondió á los marineros: «No conseguireis nada con vuestras quejas. Yo me he puesto en camino para ir á las Indias; creo llegar á ellas, y no cederé hasta que con la ayuda del Señor las haya encontrado.»

llos, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos á un mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo víde algunos que tenían señales deferidas en sus cuerpos y les hice señas qué era aquello y ellos me amostraron como allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar, y se defendían, y yo creí é creo que aquí vienen de Tierra Firme á tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo á nuestro señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis á V. A. para que deprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera víde, salvo papagayos en esta isla... Ellos vinieron á la nao con almadías que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy á maravilla segun la tierra, y grandes que en algunas venían cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda á maravilla, y si se le trastorna luego se echan todos á nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos.

Y yo que estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y víde que algunos dellos traían un pedazo colgado en un agujero que tienen á la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después víde que no entendían en la ida. Determiné de guardar fasta mañana en la tarde y después partir por el Sudeste, que segun muchos dellos me enseñaron decían que había tierra al Sur, y al Sudueste y al Norueste, y destas del Norueste les venían á combatir muchas veces, y así ir al Sudueste á buscar el oro y piedras preciosas.

«Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla; y esta gente farto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y lo no tienen, toman lo que pueden y se echan luego á nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que fasta los

pedazos de las escudillas, y de las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotis (19) de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejara tomar á nadie (20) salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A. si hobiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgado á la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir á ver si puedo topar á la isla de Cipango.»

Llamábase aquel país Guanahani, y Colón lo llamó San Salvador (21); es una de las Lucayas, y está rodeada de las innumerables islas de banco de Bahama, que Colón creía fueran las siete mil cuatrocientas ochenta y ocho islas indicadas por Marco Polo. Navegó por entre ellas admirado cada vez más con nuevas maravillas y buscando siempre á Cipango, desde donde debía llegar en diez días á Quinsay. Era su intención presentar allí al gran kan las cartas de sus soberanos y volver después con la respuesta, triunfante por haber llegado á la India por la dirección opuesta.

Creó haber encontrado á Cipango en Cuba, isla adornada igualmente por una poderosa y magnífica vegetación, flores, frutos y aves, cuyos colores rivalizaban en brillantez. *Es la hermosa, es la que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios; no sé salir de ella;* y encantado esclama con el pastor de Virgilio: *Podría vivir eternamente en ella.* Al arrebataador espectáculo del día sucedía el de la noche, tan magnífico en los trópicos, donde la claridad de las estrellas centellea viva y pura en bosquecillos perfumados y bajo un cielo siempre sereno. En todas partes veía siempre Colón la India, el país de las especias y del oro; y se esforzaba en hacer que correspondiesen los nombres que le indicaban los salvajes con los mencionados por los viajeros.

Pero las ciudades y las cortes que se habían prometido no se presentaban; en lugar de una civilización extraña y opulenta, se ofrecía á su vista el aspecto de una sencillez primitiva, exenta de las necesidades y de los caprichos. Entre otras tierras descubrió á Haití, una de las más hermosas islas del mundo, destinada á ser una de las más desgraciadas. Sus habitantes eran buenos y muy hospitalarios, y Colón escribía á los reyes: *Si vuestras altezas mandasen prenderlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada sería más fácil*

(19) Por *ceuti* ó *cepli*, moneda de Ceuta que corría en Portugal.

(20) Es una gran prueba de la moralidad de Colón el cuidado de impedir este tráfico, porque le parecía poco decente y usurario. Como si no fuese la opinión la que daba el precio al oro, así como á las cuentas de vidrios.

(21) Gibbs, en una comunicación á la sociedad histórica de Nueva-York, cree que la isla en que ancló Colón no fué San Salvador, sino la de Turk's Island; Navarrete adoptó esta opinión.